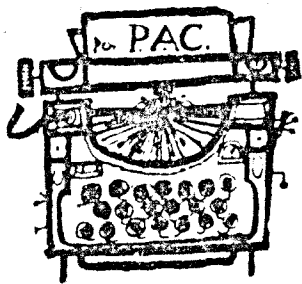


escrito a máquina

Mi homenaje a un viejo compañero de trabajo



Muy querido don Paco Arróliga:

Su carta de despedida me emocionó profundamente. Es hermoso cerrar el ciclo patriarcal y laborioso del hombre y abrir con manos propias y llenas de dignidad la séptima puerta, la del descanso. Su jubilación completa el marco de una obra, la obra suya que es toda una vida —humilde pero fecunda—, la vida de don Paco Arróliga, trabajador, obrero, tipógrafo y armador de periódicos, discreto, escondido héroe de taller, cuya figura quiero colgar en esta página de LA PRENSA porque sin usted, don Paco y sin lo que usted representa, la obra de los que escribimos no vale nada y se deshumaniza y evapora.

No solamente porque usted, durante tantos años colocó la letra de metal donde nosotros la de tinta y agregó su sudor al dolor nuestro de crear; sino porque comulgó con nosotros lo escrito y lo soñado, la inquietud y la amargura; y dialogó y comentó abajo (en el ágora fraterna del taller) los artículos, los sucesos, las ideas y los hechos, o, para ser más precisos, porque usted fue AMIGO y su amistad dio un calado nuevo a las ideas de los que escribimos, y sin saberlo usted —porque es humilde— me sirvió a mí para nutrirme día a



PABLO ANTONIO Y DON PACO ARROLIGA

día de pueblo, de comunidad, del sabor y del saber obrero, de calle, de sencillez, de sentido común, de manos callosas, y de esas alegrías que entre bromas circulan de la cantina al taller, del barrio al editorial, de su boca proletaria a mi oído de poeta.

Me emocionó su carta porque está allí de alma entera su amistad que viene de lejos como de lejos viene mi afición, mi vocación por la imprenta: desde aquellos días del viejo Pedro Joaquín en que yo llegaba joven y acompañado de jóvenes poetas a redactar y estructurar páginas literarias y usted me hacía preguntas sobre nuestros poemas, sobre el valor de escritores que usted había leído o conocido y reía con nosotros de nuestras alegres polémicas y juveniles sueños de vanguardia. Desde ese pasado hasta hoy, su nombre de amigo está detrás de la puerta de cada escrito, y si me alegra que haya conquistado su jubilación —que en cierto modo le envidio porque el poeta que llevo en mí lucha como loco, cotidianamente, por jubilarse del cotidiano afán— su retiro al descanso me deja triste y su vacío en el taller no lo vamos a reponer. Ese vacío es el marco que cuelgo hoy aquí, viejo amigo, encerrando sus erres arrastradas, su rostro sonriente, su honradez y lealtad de trabajador sin tacha, caballero de la aristocracia de la humildad.

Su jubilación —don Paco— triste en lo que tiene de despedida y en cuanto rompe una costumbre de trabajo convivido, le entrega sin embargo la misteriosa fecundidad del descanso que tan hermosamente diviniza la Biblia en el divino poema del Génesis. Se le dieron a usted los seis días largos de su vida laboral y su obra es hermosa y escondida; seis días obreros en que usted creó el mundo, su mundo en un Génesis discreto pero inmortal. En Dios su labor es tan grande como la de cualquiera de esos grandes, cuyas obras usted admiraba. Ahora le llegó a usted su hora de mirar que “lo hecho estaba bueno” y recibe de Dios su séptimo día. “Y rematada toda la obra, descansó Dios el séptimo día de cuanto hiciera y bendijo al día séptimo y lo santificó”.

Esta es su hora de señorío sobre lo creado. Libre de trabajo usted ahora participa del derecho divino de ser Señor.

En la palabra iubilación hay la misma raíz de júbilo que en jubileo: alegría del sábado antiguo que es el domingo —el día del Señor— de los cristianos. Jubilarse es lograr una etapa de libertad para dar pleno crecimiento a la semejanza divina que lleva en su faz el hombre.

Usted —don Paco— fue un trabajador ejemplar. Pido a Dios ahora —con los títulos de una vieja amistad— que usted recoja en Dios, en este séptimo día, que le deseo largo, fecundo y bíblico, los abundantes frutos de su labor de hombre, de obrero de nuestro taller, de compañero en nuestra empresa y aventura.

Su Affmo.

PABLO ANTONIO CUADRA